

STEFANO

Ficha técnica:

Autor: Armando Discépolo

Fecha de estreno: 26 de abril de 1928

Teatro: Cómico

Elenco: Luis Arata, Lalo Bouhier, Berta Gangloff, Varela, Teresa Serrador, Rinaldi, Pepe Arias, Jorge Gangloff.

Compañía: Luis Arata

REVISTA COMOEDIA , Año: III, N°37, 1° de mayo de 1928

Stéfano de Discépolo

¿Se ha superado Armando Discépolo en esta nueva obra que tiene tantos puntos de contacto con su Mateo? Es difícil decirlo y en los pocos minutos, que nos consiente la máquina, a la que hay que entregar con toda urgencia estas líneas de último momento, no es posible analizar el alcance espiritual y artístico de Stéfano que se presenta con las mejores características literarias de su autor.

Observaciones, diálogo, situaciones, todo lo que conduce a la perfección de una obra teatral ha sido estudiado por Discépolo con tanta originalidad y con tanta inteligencia, que no es aventurado afirmar que Stéfano es la obra más seria y hermosa del año. En la tragicomedia altiva y desesperante del músico que cae envuelto en la bandera de su dignidad, defendida con los dientes, late la vida y hace mueca el grotesco del hado.

Discépolo lo ha rendido todo con mano maestra.

Stéfano es verdaderamente, como lo titula el autor, un “grotesco”. Frente a las situaciones trágicas de la vida, el destino se encarga de poner el contraste de lo destemplado, de lo ridículo, que anula la emoción o por lo menos la corta, con una crueldad que es propia de ciertas existencias. Canción amarga del fracaso, canción optimista, a pesar de eso, del ideal, concluye por incitar a la reflexión y a la gravedad. Tal vez por esto último Stéfano no tendrá el éxito popular de Mateo, lo que sin embargo no quita valores a la pieza, sino que los aumenta.

La interpretación - a la que se llegó después de innumerables ensayos - ha demostrado que la compañía del Cómico puede justificar su labor y su composición con elogio y aplauso: cabe decir que el trabajo de conjunto no podía ser más homogéneo y eficaz.

Es justo sin embargo destacar la creación de Arata en el papel de Stéfano, el protagonista: el tipo visto por el autor ha sido vivido en todos sus detalles, con fidelidad y emoción sincera por este gran intérprete.

Lalo Bouhier, Berta Gangloff, Varela, supieron dar a sus roles la justeza requerida, con un entusiasmo medido que los coloca en la categoría de los grandes intérpretes. La Serrador, la Rinaldi, Pepe Arias y Jorge Gangloff estuvieron a la misma altura, es decir, cada uno en su rol hizo lo que en lenguaje de bastidores se llama “bordar” papeles. Y eso aseguró la comprensión y el aplauso merecido a esta nueva joya del repertorio nacional.

----- o -----
REVISTA COMOEDIA, Año: III, N° 37, 1° de mayo de 1928

“STEFANO”

(El autor y el hombre)

Cuando en el ambiente infernal de la farándula teatral se discute sobre la obra “Stéfano”, recientemente estrenada, en el teatro Cómico - y se discute incesante y acaloradamente - todo gira en confundir al autor de ella, con el hombre. Se está conteste en afirmar por todos que la obra enriquece a nuestro teatro, pero no quiere aceptárcela por la persona de su autor. Nada tiene que ver una cosa con la otra. Si la obra vale, a reconocerlo sin reservas, que el hombre que la escribió sólo ha de mirarse en ese caso, únicamente como tal. Se concreta que como hombre no merece los homenajes de la farándula por no haberse portado nunca bien con nadie, y que ha dejado injusticias, agravios y víctimas por todos los rincones. Sus doloridos, que parece ser legión, no deben inferiorizarse en negar los valores donde los encuentren, para dar desahogo al encono, la venganza y el castigo.

Como hombre habrá sido o no, todo lo que se dice. A nosotros no nos interesa y creemos, por el contrario, que no lo habrá sido tanto. Pero como autor es muy bueno, de lo mejor que tenemos. Y el teatro nuestro precisa autores y no detractores. No lo acepten a él los que no lo quieren, o tengan sus motivos para no quererlo, pero defiendan y aplaudan sus producciones, cuando son de la enjundia de “Mateo” o “Stéfano”, que será defender y aplaudir a nuestro teatro.

----- o -----

LA NACIÓN - Jueves, 26 de abril de 1928

STEFANO

(Hoy estreno)

En el teatro Cómico, el conjunto de Luis Arata estrenará en segunda sección nocturna el grotesco en un acto y epílogo, original de Armando Discépolo titulado “Stefano”, novedad acerca de la que el mismo autor anticipó detalles en estas columnas, y cuya primera representación ha suscitado interés por los prestigiosos antecedentes del escritor, que con esta pieza vuelve, después de dos años, a afrontar el juicio de los auditorios. En “Stéfano”, que ha sido detenidamente preparado por la dirección de Cómico, Luis Arata encarnará el personaje protagonista, figurando también en el reparto la primera actriz Teresa Serrador y el primer actor Carlos Bohuier.

----- o -----

LA NACIÓN - Viernes, 27 de abril de 1928

STEFANO

La compañía Arata estrenó anoche “Stefano”, original de Armando Discépolo

“El fracaso del ideal” podría haber sido el subtítulo de la pieza “Stéfano” que Armando Discépolo hizo estrenar anoche por la compañía del Teatro Cómico. Abórdase en ella la tragedia del artista fracasado, expuesta en amplios abrochazos, buscando el contraste brusco, de índole tragicómica-grotesco, llama el autor a su obra - y persiguiendo las tonalidades violentas, como en un aguafuerte escénico. Con el mismo objetivo escénico están perfiladas todas las figuras de la pieza, que forman un cuadro sombrío al que sirve de centro la silueta absorbente del protagonista. Componen este cuadro Stéfano y la familia de Stéfano, integrada por los padres, dos ancianos a quienes la vejez y las penurias han agriado el carácter, y que, perdida la fe en el hijo artista, culpan a éste de sus desdichas por haberlos arrancado de su vida simple y tranquila, de campesinos napolitanos; la esposa, bellez ajada prematuramente por las estrecheces del hogar y la tarea prosaica de los quehaceres domésticos y varios hijos del matrimonio, de los cuales

aparecen en escena solamente tres: una jovencita apenas adolescente cuya anemia física parece mayor a causa de su espíritu tímido y apocado; un muchacho semi idiota que sufre de alucinaciones y que vive ajeno a todo en su mundo de sombras y, por último, como única nota optimista del conjunto, el primogénito, que sueña con ser un gran poeta y en quien empieza a rebrotar el ideal ya mustio del padre. Stéfano, en efecto, que aspiró en su juventud a ser un músico eminente, se halla hoy reducido a modesto trombón de una orquesta mediocre. Pero esta tarea inferior, que era el único sostén de los suyos, no había de durarle mucho. Las mismas aspiraciones de hacer algo superior le tornan inepto para el ínfimo puesto que desempeña y que no tarda en ocupar otro compañero, discípulo suyo, precisamente, que aunque no sabe de música más que lo que conocierne a ese instrumento, ello le basta para suplantar con ventaja a su maestro. Privado de esos pequeños ingresos, Stéfano se refugia en la copia y orquestación de partituras, para poder vivir. Pero poco ha de durarle esta fuente de recursos. Su imaginación, que ya empieza a desvariar, lo imposibilita para esa labor subalterna, y en vez de copiar la música ajena, se pasa el tiempo soñando, bajo la mascarilla del Beethoven que cuelga sobre su mesa de trabajo, en crear la obra propia, en escribir la gran opera que él lleva dentro y que no habrá de producir nunca. Siguiendo la trayectoria de su razón perturbadora, toma de confidentes alternativamente, a sus dos hijos. En los momentos de desvario se acerca al menor, el infeliz desequilibrado que da ya por realizada la obra de su progenitor, a quien casi llega a convencer de sus quimeras. En los instantes de lucidez se enfrenta con el hijo mayor, diciéndole para justificarse: “el hombre es un fracasado”, “La vida es un fardo molesto”, “Que voy a hacer yo con todo este dolor que me sobra...”. Pero el poeta que cree aún en su triunfo, como creyó el músico en su juventud, exclama: “Quien traiga su canto lo cantará a pesar de todo...”, “Todo este dolor por un verso ...”. Y estas palabras abren un interrogante en el porvenir del hijo, en tanto que Stéfano sucumbe vencido por la vida y anulado por el dolor.

Según se desprende del asunto descrito, en “Stéfano” se plantea, como antes hemos apuntado, el drama del artista que, frente a la vida, ve desmoronarse sus ideales, incapaz para vencer los jobstáculos que la realidad va acumulando en su camino. Aunque el problema nada tiene de original en su parte esencial, no por esto disminuye la importancia de una pieza que lo aborda una vez más, pues sabido es que sobre cualquier tema, por viejo que fuese, puede decirse al go nuevo. Dejando de lado aquel punto, veamos la forma en que lo trata el autor de “Mateo”. En primer término, cabe considerar la naturaleza de los obstáculos que determinan el fracaso de “Stéfano”. Estos obstáculos resultan en su totalidad de orden exterior, pues todos ellos se resucen a la impotencia del protagonista para hacer frente a las obligaciones materiales. Pero el alcance dramático de esta situación no puede apreciarse únicamente en su aspecto objetivo, esto es, en la simple reproducción de un cuadro de miseria, ya que el autor aspira ante todo a reflejar la influencia que esa situación ejerce en su vida interior. Pero no sabemos bien si Stéfano era o no capaz de crear la obra que soñaba. El autor no nos muestra su genio musical ni por qué se derrumba su ideal artístico. El protagonista es en rigor un tipo de fracasado por falta de méritos y de voluntad, ya que pasa veinte años sin realizar “su opera”, y sólo llega a repetir los motivos de los clásicos, como le ocurre en una frace musical que luego advierte pertenece a la “Sinfonía inconclusa” de Schubert. La acumulación de las sombras, en vez de resaltar la figura de Stéfano entenebrese sus contornos, y creemos que el autor debió acusar más los rasgos de éste carácter débil, vencido por las circunstancias. Demostrado , así, que la derrota del artista obedece ante todo a su propia incapacidad, la pieza limita sus proyecciones a la exhibición dolorosa de una familia víctima de la miseria, y disminuye el valor del proceso psicológico que

se opera en el personaje central, cuyo fracaso final acaso no se hubiera producido si Stéfano fuese realmente un gran artista, ya que, como dice su propio hijo, “quien traiga un canto lo cantará, a pesar de todo”. No obstante, “Stéfano” representa una producción que se destaca entre las ofrecidas en nuestro teatro breve, por la altura de su concepción, la nobleza de su propósito, la intensidad dramática de algunas situaciones, la destreza con que se muestra en el diálogo la incompreensión recíproca de los personajes, y la agudeza de algunos pensamientos.

El público escuchó “Stéfano” con interés y tuvo espontáneos aplausos al final para la obra y sus intérpretes. Entre éstos sobresalió, como siempre la labor de Luis Arata, que consiguió transmitir a la figura principal los rasgos precisos reclamados por el papel, acentuando en forma expresiva los momentos culminantes de la obra. Las actrices Berta Langloff y Teresa Serrador y los actores Bohuier, Arias y Varela caracterizaron sus respectivos personajes con originalidad y los animaron con comprensión.

----- O -----

LA EPOCA - viernes, 27 de abril de 1928
Un éxito caluroso obtuvo anoche en su estreno
“STEFANO” de Discépolo

El numeroso público que anoche concurrió a la segunda sección del teatro Cómico, en la que se estrenaba la nueva pieza grotesca de Armando Discépolo, Stéfano, decretó para esta producción un éxito decisivo desde las primeras escenas.

Ha descrito el prestigioso autor esta vez la angustia del amargo drama, que ha hecho presa a toda una familia, y que parece irse transmitiendo de padres a hijos. Pero es un drama sin sangre. El que debe sufrir toda la familia de Stéfano, el músico fracasado, es un drama de almas atormentadas por diversos motivos, pero que obedecen a un origen común: la fracasada carrera artística del padre.

Con los pocos años y una gran ambición de triunfo y gloria, formó su hogar Stéfano bajo los amorosos auspicios. Pero desde ese mismo momento comenzó su larga odisea de cuatro lustros, en el curso de la cual sus esperanzas se tenían que ir renovando constantemente, pues jamás llegaron a verse convertidas en realidad. Vinieron los hijos, y con ellos los sacrificios de la compañera de su vida se intensificaron. También sus esfuerzos para combatir las exigencias de cada día. Mas su obra genial, su trabajo artístico, que de realizarlo lo llevaría a las cumbres de la gloria y le serviría para dar la felicidad a todos los seres que él ama, ese no llega a hacerse realidad jamás. Y mientras, año tras año, todos, sus ancianos padres, su mujer y sus hijos le recriminan por su fracaso, el pobre hombre, que es de un fondo tierno y de una grandeza de alma a prueba de cualquier ofensa, debe sufrir intimamente el dolor de saberse impotente, de palpar a cada instante la realidad indudable de su derrota total. Eso y el saberse, además, incomprendido y hasta despreciado por los seres que son todo su amor, le agotan de tal modo que una noche, en la que las penas en su alma han sido más lacerantes, el idealista Stéfano rueda por el suelo, víctima de un ataque fulminante.

Le agotan sus propias desdichas, agregadas a las que, barruntó, habrían de malograr la vida de su hijo mayor que, al igual que él, ha empezado a perseguir una quimera vana, una ilusión, bella tal vez, pero inalcanzable.

La amargura que flota en estos dos impresionantes actos de Discépolo, se difundió bien pronto a toda la sal, la que se mantuvo en suspenso durante el par de horas que casi duró la obra.

Discépolo ha hecho una pintura acabada del personaje protagónico. Su Stéfano es muy superior a Mustafá, y está también por encima de Mateo. A nuestro modo de ver, con

esta su nueva producción, el autor, ya consagrado con otras anteriores obras de verdadero mérito artístico, ha logrado superarse. Y esto es bastante, tratándose de un escritor que siempre ha triunfado con buenos recursos. Luego del personaje aludido, en el que el autor ha estado ciertamente inspirado, debe señalarse el de Don Alfonso, el viejo italiano, padre del protagonista. Con sobriedad admirable y gran vigor, lo ha delineado, y de su acierto da fe la calurosa ovación que le valió su “roccanto” del primer actor.

También la esposa de Stéfano tiene caracteres notablemente dibujados. Su continua inquietud, su mezcla de amargura y de rencor, de ambición sorda y de desaliento infinito, todos estos rasgos de la esposa del genio fracasado, han sido trazados por Discépolo con plausible sensación de realidad.

Completan el cuadro dos o tres tipos más, que igualmente salieron con gran acierto. Peca la obra de alguna exuberancia en el diálogo del segundo acto. Esta prolongación, y hasta la repetición de alguna situación, estira innecesariamente la obra, y esto en mengua de su mejor efecto final.

Con todo, un trabajo serio, de verdadero aliento, y que por suerte ha encontrado de primera intención la aprobación entusiasta del público. Arata, en el papel de Stéfano, se desempeñó muy bien. Compuso el dicho personaje con mucha seguridad y profundo entendimiento. Bouhier, en un “rol” ajeno en absoluto a los que acostumbra componer, estuvo acertadísimo. En un largo parlamento, en el primer acto, se ganó, con justicia, una ovación vigorosa y prolongada. Berta Ganglof supo, en todo momento, imprimir a su papel el carácter adecuado. Hacía tiempo que no veíamos a esta actriz en una interpretación tan adecuada a sus aptitudes. Arias y los demás, correctos todos.

Descontamos para Stefano un largo cartel.